



## ***Textos sobre la predicación***

### ***Desde la Orden***

He pasado mucho tiempo, y aún lo paso, preparando mis predicaciones; pero mi lengua no hubiera podido proferir nada útil y asimilable por los otros si mis oídos no se hubieran abierto antes. Los oradores no pueden descuidar su talento. Pero, estoy persuadido de que el menos dotado de ellos llegará a vencer sus deficiencias, si se queja de su sordera espiritual, si acude a la gracia de Jesús, y si escucha a los hermanos lo bastante para que cada uno se reconozca en lo que dice.

A.M. Carré, *No me pesa haber creído*, Narcea, Madrid, 1977, p. 69

Domingo era consciente de que la Palabra de Dios tenía que leerse con humildad, con el corazón abierto y con vívida fe que buscara penetrar el corazón del misterio del amor de Dios. Así como el profeta, la primera pregunta que un predicador plantea no es: ¿Qué voy a decirle a la gente?, sino más bien: ¿Qué es lo que está diciendo Dios? Y ésta es seguida inmediatamente de otra: ¿Qué es lo que Dios quiere que diga? Sólo de esta manera podemos predicar y enseñar de manera efectiva.

Joseph Ellu, *Maestro Domingo y la gracia de la predicación*, IDI 477, dic. 2009, p. 286-287

Habrà de ser también la nuestra una predicación ecológica, una palabra clara que aluda a la felicidad de la vida y al amor por la vida. Estos contenidos de nuestra predicación se convertirán en una hermosa e imperiosa expresión de nuestro amor al mundo y a la humanidad, realidades tan estrechamente unidas y hoy particular reclamo de verdadera compasión.

César Valero Bajo, *Predicación dominicana hoy*, Encuentro formación permanente, 2008

### ***Desde el pensamiento cristiano***

A la manera mundana, preguntamos: ¿Quién predica hoy? En rigor, no deberíamos hacer esta pregunta. Pues, aquí, en la casa de Dios, tanto si predica el pastor como el sacristán, el predicador más famoso o el estudiante de teología más desconocido, siempre es uno solo quien predica, y siempre es el mismo: Dios en los cielos. El hecho de que Dios esté presente, esto es la predicación, y el hecho de que estés ante Dios, esto es el contenido de la predicación.

Kierkegaard, citado por N. Viallaneix, *Kierkegaard: el único ante Dios*, Herder, Barcelona, 1977, p. 122

No lleses a los demás el mensaje de tu fuerza, de tu virtud, de tus méritos, pues eso les deprimiría, insultaría su miseria. Llévalos el mensaje de tu redención. Si eres un ser débil a quien Dios fortifica, un avaro a quien Dios desprende de sus posesiones, un impuro a quien purifica, un rencoroso a quien enseña a perdonar, entonces tienes un mensaje de salvación que llevar al mundo. Y, puesto que tu miseria les es fraternal, cualquiera podrá creer que tu curación le atañe también a él. Se reconocerá en ti y deseará este mismo amor que tú encuentres. El apóstol circula por el mundo, abierto, vulnerable, desarmado, y a su paso, todos sospechan que no existe otra fuerza mayor que la de atreverse a ser débil, natural, así de sencillo. Entonces da testimonio de otro: ha debido encontrar a alguien muy grande para poder ser feliz siendo tan pequeño.

Louis Evely, citado por J. Bouchard, *Cristo mañana*, Atenas, Madrid, 1976, p. 105-106

## *Desde la literatura actual*

Cada palabra es una semilla. Y como tal, cuando es fecunda, contiene en sí su alimento.

De noche las plantas, a través de la linfa, conducen las proteínas sintetizadas durante el día por las hojas hasta las partes que tienen mayor necesidad de alimento: las semillas. Como madres amorosas, saben muy bien que sin una reserva de alimento, esos granos no serán jamás capaces de abrir el tegumento y de romper la tierra. Sin proteínas, sin aminoácidos, sin los ladrillos de la existencia, el tallo no podría tener nunca la fuerza para crecer, para ahondar las raíces y cubrirse de hojas, para ir hacia arriba, hacia el cielo y convertirse en un árbol.

Hace demasiado tiempo que nuestras palabras -las palabras de los hombres- no saben enraizarse. Dan vueltas, cansadas, sin encontrar un terreno que les permita abrirse paso en el parloteo cósmico que nos envuelve. Un resquicio de sentido, de verdad, de fundamento.

Son tantas, demasiadas, siempre inútiles. Nos hablamos continuamente, con los medios tecnológicos más avanzados para no decirnos nada. Es más, nos hablamos y más dificultades tenemos para comprendernos.

A propósito de las palabras-semillas, las nuestras son palabras-confeti. Se mueven según el aire y cuando éste se para, se posan en el suelo, a la espera de otro remolino de viento.

Hablamos y hablamos sin tan siquiera dudar de que la palabra, para existir de verdad, debe nutrirse de la escucha.

Sólo escuchándolo a Él, que nos habla con una voz potente o con un suave murmullo, podemos reflexionar sobre nuestra grandeza y escapar a las tentaciones de la ignorancia, de la impaciencia, de la llamada de esa idolatría que, bajo falsa apariencia, como el lobo disfrazado de cordero de la fábula, está devorando la dignidad de las personas.

Sí, cada palabra es una semilla, y el corazón del hombre es el lugar donde debe posarse.

Es ahí, en nuestro interior, donde debe echar raíces, romper el tegumento de la indiferencia, crecer. Ascender hacia el cielo, transformándonos de póngidos a criaturas llenas de sabiduría.

Susana Tamaro, *Cada palabra es una semilla*, Seix Barral, Barcelona, 2005, p. 121-122